

Reportaje | La aventura de un jesuita de A Pobra en el país de la Gran Muralla

Una vida con China en el corazón

Le llamaron loco por querer ir a Oriente a evangelizar, pero sólo Mao pudo interrumpir su apostolado. Aun así, regresó y lleva allí medio siglo

Susana Basterrechea

A CORUÑA

■ Comparte nombre y apellido con un atleta coruñés y a sus 88 años tendrían que colgarle una medalla. La entrevista telefónica pilla al padre Andrés Díaz de Rábago subiendo unas escaleras en Roma, a donde ha ido a ver al Papa Ratzinger, pero no se le oye ni un resoplido ni quiere una pausa para relatar la historia de su vida, que contará mañana martes, a las ocho de la tarde, en la Fundación Barrié de A Coruña. Nació en A Pobra do Caramiñal, «a la orilla del mar», rememora.

De niño rezó con fuerza a San Francisco Javier para ser misionero en China. «Parece que me escuchó», bromea, pues allí lleva 50 años. Pero su vocación no se materializó hasta que, tras licenciarse en Medicina en Santiago en 1940, decidió ingresar en la Compañía de Jesús en Salamanca. «Buscaba algo más que ser médico. Me pareció que podía sacrificar un amor terrenal por otro mayor, pero lo pensé mucho tiempo. Se puede ser misionero y estar casado, pero yo quería entregar toda mi vida y hacerlo en un sitio lejano. Le propuse al superior ir a ejercer a China. Me parecía el mejor lugar para ser misionero y médico».

Lo enviaron a Pekín en 1947. Tuvo que aprender el idioma. «¡Lo que me costó hablarlo!». Además de los signos, las palabras cambian de significado

con el tono. Mao, por ejemplo, quiere decir gato o pelo según cómo lo pronuncies. Así que podías estar llamando a Mao Tse Tung señor gato o señor pelo», cuenta entre risas.

Pero el líder comunista, significó otra cosa en su vida. «Yo llegué a China cuando no era comunista, pero ya se respiraba un ambiente de guerra civil», relata. En 1949, cuando Mao proclamó la República Popular China, Andrés Díaz de Rábago estudiaba Teología en Shanghái. «Allí entraron sin pegar un tiro porque el otro bando ya se había ido. Pero los comunistas habían disparado salvas y las balas cayeron en el seminario. Como precaución salimos del mosquitero y dormíamos bajo la cama y, claro, las balas no nos dieron, pero los mosquitos nos acibillaron», cuenta.

Ayuda a los refugiados

En plena ocupación, atendió a cientos de pacientes en los campos de refugiados de Shanghái acompañado de una doctora francesa, una monja belga y un grupo de estudiantes. «Fue fantástico poder ayudar a tanta gente. Íbamos una vez por semana hasta que me quedé solo y luego ya ni eso, los propios enfermos me dijeron que no volviera al campo porque tenían miedo, ya que la policía les interrogaba sobre lo que yo hacía», explica.

Y llegó el día en el que los extranjeros ya no fueron bien-



Díaz de Rábago durante una visita a la Gran Muralla en el 2002

venidos en China. En abril del año 1952 les anunciaron que deben dejar el país. «Fue uno de mis grandes disgustos. No queríamos abandonar a nuestros hermanos chinos», asegura. Decidieron adelantar la ordenación de 19 sacerdotes, Andrés Díaz de Rábago, entre ellos.

«Alguien del Gobierno avisó de que se preparaba un golpe contra el seminario y de que se podría parar si nos íbamos de allí. Así fue. Lo que no imaginábamos era que aquella ha-

bia sido la última ordenación de sacerdotes extranjeros en China. Éramos los últimos de Shanghái», comenta.

«Más que miedo, en aquella época sentía fidelidad a la vocación misionera. Quería estar con el pueblo que sufría hasta el final, porque el Capitán Araña no abandona el barco antes de hundirse. Quizá éramos de un gran idealismo sentimental, pero queríamos estar al pie del cañón», recuerda. El día que se fue, lloró.

Durante su exilio en Manila fue profesor del obispo Belo, Nobel de la Paz

■ Cuando comenzó su exilio no se fue muy lejos. Viajó a Manila, donde fue profesor hasta 1961, cuando fue nombrado rector del seminario diocesano de Dili, en Timor Oriental. Allí tuvo dos alumnos insignes: monseñor Carlos Belo, primer obispo católico Premio Nobel de la Paz y Xanana Gusmao, el presidente timorés. En 1969 regresó a China, esta vez a Taiwán. «Allí quiero acabar mis días. China es más mi patria que mi país natal», reconoce.

Testigo de la historia, vivió en 1989 la protesta estudiantil que desafió al régimen. «Tiananmen es algo sobre lo que hay que reflexionar. Llevaron a los jóvenes a la muerte. ¿Quién lo hizo? Pudo ser el ala dura de los propios estudiantes o el Gobierno. Fuese quien fuese, se aprovecharon de su sangre», apunta.

Cree que China de hoy es un país totalmente del siglo XXI, un tigre dormido y secularmente arrinconado que ya ha despertado, una nación teóricamente atea, pero con encuestas que hablan de millones de creyentes budistas, islámicos, taoístas, protestantes y católicos.

«Vivir en China me ha hecho más tolerante. Yo no rechazo lo que he aprendido del budismo o del confucianismo. Eso lo coronó con el cristianismo». «Ahorra sólo queda ver al Papa allí. Si él va a China, ya me puedo ir yo al cielo».

GRAN ATLAS
NATIONAL GEOGRAPHIC

Cada SÁBADO por 10,95€



Completa tu Atlas National Geographic

La obra más exhaustiva sobre la geografía de la Tierra con 11 nuevos volúmenes

Diccionario Geográfico

Nuestro planeta de la A a la Z

6 volúmenes con 500 fotografías, 100 esquemas y 193 mapas de países

El mundo en imágenes

Las mejores fotografías de National Geographic

5 volúmenes con las fotografías más representativas de los mejores fotógrafos

Octava entrega, SÁBADO 24 con

GALICIA 2005
VUELTA AL MUNDO A VELA 2005-2006

Suscriptores con pago domiciliado
haz tu reserva llamando al 902 154 218 y entrérate de tus condiciones especiales

Cada sábado con

La Voz de Galicia